

Tenían 10 años cuando acabó el terrorismo etarra. Lamentan que no se enseñe más en las aulas. “Aún es un tema delicado”, dice la generación que creció sin violencia

“Nos lo han explicado todo muy por encima”

A. NIETO / P. GOSÁLVEZ
Bilbao / Madrid

El primer recuerdo de ETA que tiene Alexander Urbano —18 años, estudiante de FP en Errenteria (Gipuzkoa)— es un meme que le enviaron sobre Carrero Blanco. El de Uxue Ruiz, trabajadora social de Sestao (Bizkaia), de 23 años, los atentados del 11-M. “Iba en el coche con mi *aita* [padre] y la radio no paraba de decir que la culpa era de ETA... luego resultó que no”. Iván Izaguirre, un joven de 20 años y de Astigarraga (Gipuzkoa) —“un pueblo muy proindependencia”—, recuerda ver “a los encapuchados” en la tele anunciando el final de la banda, y a su madre aliviada: “Ya era hora”.

Once jóvenes que tenían alrededor de 10 años cuando ETA anunció el cese definitivo de la violencia se han prestado a contar lo que saben del grupo terrorista (en general, no mucho) y lo que supone en su vida el conflicto vasco (en general, tampoco demasiado). No fue fácil encontrarlos. Una docena de centros educativos vascos, así como infinidad de jóvenes contactados de forma aleatoria en la calle o a través de conocidos, declinaron participar en este reportaje. “Buf, es que muchos no tendrán ni idea, y además luego la gente habla de si has dicho esto o lo

otro”, justificaban dos chicas que no quisieron dar su nombre.

Y eso a pesar de que aquellos que quisieron participar afirman que ya no existe “un tabú”. Aunque admiten que continúa siendo “un tema delicado”. “Hay gente que lo sufrió que todavía sigue viva, depende con quién, puede costar hablar de ello”, opina Joane Guerediaga, de 19 años y estudiante de Relaciones Internacionales. “Esa persona puede tener un familiar preso o un abuelo asesinado... pero hablarlo y recordar la historia es bueno”, piensa Uxue. “Algo que causó dolor no suele ser algo de lo que te guste hablar”, opina sin embargo Unai Muñoz, de 22 años y estudiante de Enfermería.

La mayoría cree que ETA acabó porque perdió el apoyo “de la gente”. Lo primero que repiten es que la banda nació para “luchar contra el franquismo”. Algunos

Saben que Carrero Blanco murió en un atentado y conocen a Miguel Ángel Blanco

Solo dos de los 11 jóvenes se acercan a precisar el número de víctimas

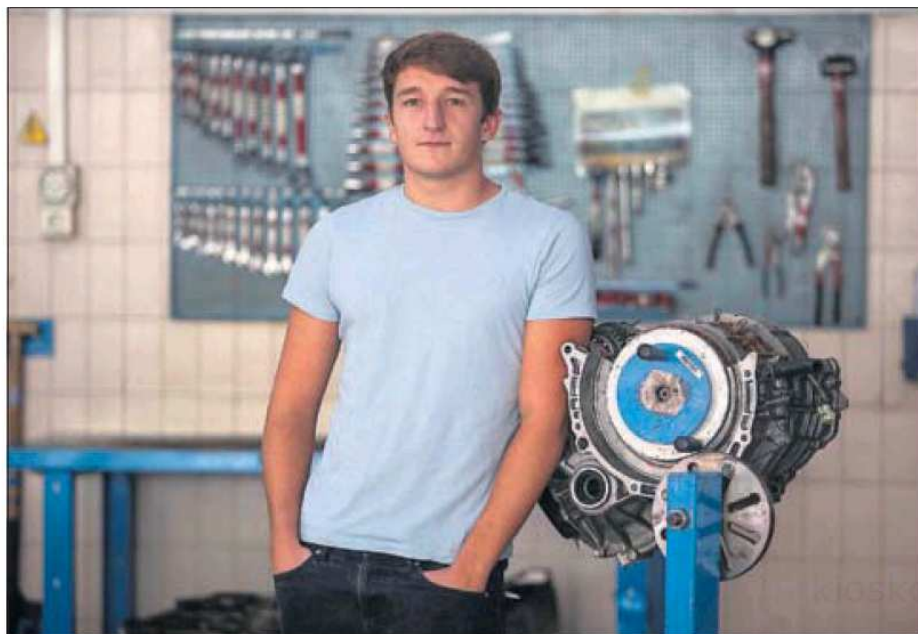
“Al final te enteras por lo que escuchas en la calle”, afirma Joane, de 19 años

añaden: “Y contra la opresión del pueblo vasco” o “por la libertad de Euskal Herria”. Explican sus orígenes como un grupo reivindicativo “que tomó el camino erróneo”. Saben que Carrero Blanco murió en un atentado. De otras víctimas conocen solo a Miguel Ángel Blanco, y a algunos les suena Irene Villa. De terroristas uno menciona a Iñaki Bilbao. Solo un par sabe qué fueron los GAL, organización de la que el resto no ha oído hablar. Y dos son capaces de cifrar el número de víctimas en torno al millar. “¿Cuántos muertos? No sé, demasiados”, dice Joselyn Cunalema, de 23 años, que llegó de Ecuador hace 17, y se enteró “de lo que pasaba” al ver una noche a “unos vándalos pintar las paredes del bulvar y a mucha gente asustada”.

A pesar de haber vivido de pequeños los coletazos del conflic-

to, lo consideran algo del pasado. Germán Navascués, de 19 años y estudiante de Ciencias Políticas: “Ha sido una época oscura, todos agradecen que se haya acabado, y se ha querido pasar página, no es un tema que hay que tocar en el sentido de que ya no es relevante; hoy la sociedad vasca está preocupada por la covid, por los fondos europeos...”. Algunos han visto *Maixabel*, las series *Patria* o *ETA: el final del silencio*, pero muchos creen que poner a la banda en el debate público solo interesa a los políticos. “Hablan de ETA aunque ya no esté activa por político, para ganar votos de gente que fue herida”, dice Iñaki Asua, de 22 años.

Los 11 coinciden en que se les debería haber explicado mejor el tema. “Tengo un vago recuerdo de hablarlo en clase, pero la profesora tampoco quiso meterse...”, dice Unai. “Acabó cuando éramos pequeños, y aun así no tenemos conocimiento alguno, a medida que pasen las generaciones va a quedar como algo que pasó en el 1200”. Joane afirma que “aquel que no conoce la historia de su pueblo está condenado a repetirla” y lamenta que solo se tenga “un año para dar toda la historia de España”. “Al final solo un tema o dos tocan el asunto y te enteras por lo que escuchas en la calle”, expone. Javier Izquierdo, de 21



Javier Izquierdo, en el taller en el que trabaja en Errenteria (Gipuzkoa). / JAVIER HERNÁNDEZ



Joane Guerediaga, en Portugalete (Bizkaia). / J. H.

OPINIÓN / EDUARDO MADINA

Frente a la tentación magnética del olvido

Se cumplen 10 años desde el anuncio por parte de ETA del cese definitivo de su actividad. Nada más y nada menos que 10 años. La fecha cae sobre el calendario de un país que ya es distinto. No solo Euskadi, sino el conjunto de España es una sociedad distinta. Estos días nos llevan de la mano, una vez más, a un recorrido a través de la memoria. El tiempo y el cambio vivido por nuestro país no modifican el contenido de una memoria compuesta de sangre, habitada por más de 800 vidas truncadas, por miles de heridos, por decenas de miles de personas afectadas de forma directa o indirecta por el terrorismo. Da igual el tiempo que pase. No tiene la capacidad de cambiar la verdad desnuda de los hechos.

Fueron 50 años de recorrido de una organización que nació en el contexto gene-

ral de los años sesenta, caracterizado por el surgimiento de movimientos terroristas similares —Francia, Italia, Alemania, Irlanda—, unido al contexto particular de España, la dictadura franquista. Que a diferencia de otros países, y con la excepción hecha del IRA, arraigó social y culturalmente en un sector amplio de la sociedad vasca. Que atravesó el tiempo de la dictadura hasta instalarse en democracia durante más de 30 años. Que mató todo lo que pudo. Que lo hizo, sobre todo, en democracia, dentro y fuera del País Vasco, a hombres, mujeres y niños, a todo tipo de personas, con todo tipo de responsabilidades, de procedencias, de edades, de ideologías y de clases sociales.

Lo hizo porque quería elevar a categoría de total la visión particular que tenía de lo que debía ser Euskadi. Difícil encontrar

Miles de vascos no se sintieron interpelados por la existencia de una organización que mataba en sus propias calles

mejores palabras que las que dejó escritas en su diario María Dolores González Catarain, Yoyes, el 5 de diciembre de 1985, nueve meses antes de ser asesinada en Ordizia: “Del derecho a la diferencia se ha pasado al deber de uniformidad... A través de un militarismo basado exclusivamente en un nacionalismo oscurantista y mítico”.

ETA fue exactamente eso: un militarismo basado en un nacionalismo oscurantis-

ta y mítico con el que desarrolló una tentativa totalitaria de purificación nacional.

Diez años después de su final, la evaluación de su existencia no remite a nada más que a un balance inmenso de daños. Tuvo su cierre en la tarde del 20 de octubre del año 2011. Cierre que llegó sin haber conseguido ni uno solo de los objetivos políticos para los que había nacido en 1959.

No es mal momento esta conmemoración para reflexionar sobre todo aquello de lo que nos habla ese pasado de sangre. Para preguntarnos por las conclusiones que nos deja para el presente y sobre las enseñanzas que convendría aplicar, en forma de salvaguardas democráticas, en el futuro.

En primer lugar, una realidad incómoda: algo fue mal en el corazón mismo de la sociedad vasca. Algo no funcionó bien cuando una organización terrorista arraigó con tanta fuerza y durante tanto tiempo entre nosotros. La violencia y el terrorismo encontraron acomodo en decenas de miles de personas que aplaudieron, justificaron, comprendieron o blanquearon el asesinato de ciudadanos y ciudadanas a

DIEZ AÑOS SIN ETA

ESPAÑA

años y estudiante de automoción, buscó lo que no aprendió en el colegio “preguntando a familiares y conocidos, en internet o viendo series”. “En el instituto nos lo han explicado todo muy por encima”, dice. “Yo lo poco que sé lo aprendí de amigos que apoyan el tema”, dice Berta Barrachina, de 21 años, nacida en Barcelona y residente en Donosti desde los dos.

“Con ETA se replica el fenómeno que ocurrió con la Guerra Civil”, reflexiona el filósofo Martín Alonso Zarza. “Este episodio de la historia de España apenas ha formado parte de la socialización de los alumnos durante la educación. El vacío es sustituido por construcciones mitológicas que vienen del lado de la memoria y no del lado de la historia”.

En los centros, la aplicación del currículo del Departamento de Educación es voluntaria. La deslegitimación de la violencia y la empatía con las víctimas se trabajan de manera genérica en educación básica y un poco más a fondo en la ESO, aunque la banda solo aparece de forma explícita en el temario de cuarto: *La necesidad de una memoria crítica en relación con el terrorismo de ETA y cualquier forma de terrorismo. Nacimiento de ETA y su historia, o GAL y otros grupos* son los títulos a debatir en Historia o Filosofía.

Este curso se están impartien-

do en varios centros las unidades pedagógicas *Herenegun* (Anteayer), que se extenderán a todo el sistema vasco en 2022-23, un material que ha generado polémicas, ya que asociaciones de víctimas consideraron que justificaba a la banda en sus primeras versiones.

Actualmente, “el tema se imparte en las aulas como un fenómeno más dentro del franquismo, como la conflictividad laboral”, lamenta el historiador José Antonio Pérez, profesor de la Universidad del País Vasco, que esta misma semana volvió a comprobar que los alumnos llegan a la universidad con una “noción muy vaga” de qué ha supuesto ETA. Trató el asunto con estudiantes de primero a raíz de la irrupción de un joven armado en el campus de Leioa (Bizkaia): “Cuando les conté que ETA provocó en esta universidad cosas tremendas, como la colocación de bombas o que profesores tenían que ir escoltados, les sonó a chino”. “El tema no se imparte con el detenimiento necesario, más allá de que haya profesores que por su cuenta y con su implicación lo traten con más profundidad”, se queja.

El profesor de Bachillerato en Bizkaia Javier Peso, uno de los pocos docentes que ha querido hablar sobre su experiencia, afirma que en las aulas se trata “como un acontecimiento histórico más, sin

ningún tono reflexivo”. “Hemos pasado página sin haber leído la página. No tenía que ser así”. Aitor (nombre ficticio), profesor de Bachillerato en Gipuzkoa, sostiene que entre los docentes hay “muchas reticencias y desdén” a tratar el pasado reciente de Euskadi: “La mayoría se limita a dar las cuatro nociones básicas: el origen de ETA, los atentados más sonados y poco más; sin entrar en la inmoralidad que supuso su actividad terrorista”. En muchos casos, los padres de los alumnos, añade este profesor de Historia, prefieren “pasar por alto” sobre esta cuestión y son partidarios de “hacer borrón y cuenta nueva”. En un instituto de Oiartzun se opusieron a que las víctimas fueran a contar su testimonio, asegura.

“Todo lo que sé es gracias a mis padres”, apunta Ane, de 16 años

La banda solo figura de forma explícita en el temario de cuarto de la ESO

Marta Buesa, una de las hijas del político socialista Fernando Buesa, asesinado por la banda en 2001, participa en el programa *Adi-adian* (estar alerta) que ha llevado a 25.000 alumnos de secundaria y universitarios los testimonios de víctimas de ETA, los GAL y abusos policiales. “En los centros públicos, la adhesión es menor que en los concertados”, asegura, “y eso que la experiencia es muy buena; algunos se acercan después y te dan un abrazo o te cuentan que han comprendido la dimensión de este dolor”. Su objetivo es “consolidar el concepto de

deslegitimación”. “En el País Vasco y Navarra hay que hacer un esfuerzo especial, porque los chavales se pueden encontrar aún pintadas que alientan a la banda o un *ongi etorri* (bienvenidos) a alguno de sus miembros cuando son excarcelados”, explica.

Los 11 entrevistados han tenido más contacto con familiares de presos que de víctimas. Algunos han hablado del tema en casa, aunque la mayoría solo han comentado las noticias o anécdotas personales. “Todo lo que sé es gracias a mis padres”, dice Ane Rioboo, la menor, con 16 años. “Si se me ha hablado, aunque no me sentaron como para otros temas”, dice Germán. Son los dos únicos que saben qué fueron los GAL.

Casi todos coinciden en que lo que queda en 2021 es el dolor de todas las partes y el prejuicio contra los vascos: incluso gente de su edad les ha preguntado si son “proetarras” al decir que eran vascos. ¿Sienten que 10 años después la herida de ETA sigue abierta? “Generó una división que poco a poco se está cerrando, pero todavía queda camino”, dice Iván. Unai apunta: “La herida está casi cerrada, pero es algo de lo que ya no se habla. Se deja un poco ahí”.

Con información de **Mikel Ormazabal**, **Pedro Gorospe** y **Mario de Jaime**.



Uxue Ruiz e Iñaki Asua en Sestao (Bizkaia). / J. H.



Unai Muñoz, en el barrio bilbaino de Zorroztoki. / J. H.

lo largo de toda la existencia de ETA. En un sector de la sociedad vasca sucedió algo sobrecogedor: el valor objetivo de la vida humana fue menor que el valor subjetivo de las ideas políticas. Esta realidad abrumadora nos invita a pensar en la naturaleza trascendente de los valores humanistas. Nos alerta frente a los nuevos populismos de la pureza y los nuevos traficantes del miedo, siempre expertos en teorías de la homogeneidad colectiva; siempre una identidad nacional unívoca, siempre un dogma identitario, casi siempre una patria pura. Y, a su lado, el señalamiento del extraño, del otro, del diferente. El totalitarismo casi siempre arraiga sobre esos materiales. Lo hace para convertir sueños propios en pesadillas ajenas.

En segundo lugar, los 50 años de vida de ETA también nos avisan de la velocidad con la que se extiende la indiferencia cuando el mal aparece en cualquiera de sus formas.

Cientos de miles de vascos no se sintieron interpelados por la existencia de una organización terrorista que mataba en las mismas calles de sus ciudades y de sus

pueblos. Por alguna extraña razón, miles y miles de personas fueron capaces de aplicar una extraordinaria distancia emocional con la violencia que habitaba en su propia geografía. Es insalvable una pregunta dolorosa: ¿cuánto tiempo hubiera durado ETA con toda la sociedad vasca movilizada contra ella desde sus primeros atentados? ¿Cuánto hubiera durado frente a la fuerza de una movilización mayoritaria, activa y constante?

Es ahí donde nos espera una enseñanza nítida. Es una mala idea mirar para otro lado cuando se construye políticamente al extraño, cuando se aplica distancia social a los señalados. Es una mala idea desde múltiples puntos de vista, incluido el más egoísta de todos; cuando los señalamientos del otro entran en escena, cuando suenan palabras que extranjerizan y expulsan del espacio público a los señalados, conviene enfrentarse con contundencia antes de que sea tarde. Quién sabe cuánto tardarán en sonar también para nosotros.

En tercer lugar, nuestro pasado nos pregunta por el significado que atribuimos a todo lo vivido y por el papel que

Es tentador el olvido pero hay que apostar por la memoria, educar a los niños vascos en lo que fue ETA

queremos que juegue en lo que somos como comunidad política.

Hay que reconocerlo; es tentadora la apariencia del olvido. Lo más sencillo para una sociedad en fase postraumática está en pasar página y no mirar nunca más hacia atrás, dejar allí a quienes allí quedaron y desprendernos de un pasado incómodo, lleno de aristas y espacios de sombra.

Sin embargo, también es posible un enfoque distinto apostando de forma decidida por la memoria. Es posible educar a las generaciones más jóvenes de niñas y niños vascos en lo que ETA significó, con contenidos obligatorios, tanto en primaria como en secundaria, para aprender la verdad desnuda de los hechos. Es posible

reformular el Estatuto de Autonomía de Euskadi para que, entre las distintas inspiraciones que nos configuran como comunidad política esté también la memoria de las víctimas del terrorismo. Es posible dotarlas así de un significado trascendente en la existencia misma de nuestra comunidad política.

Es posible trabajar desde múltiples enfoques en un tratamiento político de nuestro pasado que se encuentre a la altura de los hechos que contiene dentro.

Continuar trabajando en la convivencia de la sociedad vasca debe seguir siendo un objetivo irrenunciable, el reto más importante de todos. Debemos hacerlo sobre la defensa de nuestra pluralidad de ideas y de sentimientos identitarios, trabajando en las salvaguardas necesarias para nuestra aspiración de convertirnos en una sociedad plenamente normal. Es un objetivo noble. Quizá el más noble de todos. Frente a la tentación magnética del olvido, solo se alcanza a través de la memoria.

Eduardo Madina es socio y director de estrategia de Harmon y exdiputado socialista en el Congreso.